

Presentación

El libro que presentamos en esta ocasión aporta una variedad de artículos que afrontan, desde diversas perspectivas, las relaciones que existen entre el llamado desarrollo propuesto por los agentes internacionales, incluidas las ONG's, y las relaciones de poder.

Particularmente interesante resulta el artículo relacionado con el empoderamiento, en el que se contrapone la dignidad y los procesos de apropiación de las comunidades con la prisa y el ejecutivismo de algunas agencias internacionales del Norte. Las cuestiones de legitimidad, representatividad y equilibrios reales de poderes se abordan en diversos artículos que se presentan aquí, y que creemos resultarán de máximo interés para todas aquellas personas interesadas en la cuestión del desarrollo humano y el juego de poder que se debate alrededor de esta cuestión.

Esperamos que sirva para profundizar y mejorar el trabajo que todos queremos realizar en pro de un mundo más equilibrado y más justo.

Fernando Almansa
Director de Cooperación Internacional
INTERMÓN

Prefacio

Deborah Eade

Lord Acton, un historiador liberal del siglo XIX, hizo la siguiente célebre observación: «el poder tiende a corromper y el poder absoluto corrompe totalmente». Cuando se formuló este aforismo, el poder imperial europeo estaba en su punto álgido y se daba por supuesto –entre los gobernantes, mercaderes y misioneros– que éste era tanto un derecho natural como un deber moral. Según Cecil Rhodes, que encabezaba los intereses coloniales británicos en Sudáfrica y que murió en 1902: «Creo que mi deber ante Dios, mi Reina y mi Nación es pintar todo el mapa de África de rojo, rojo desde El Cabo hasta El Cairo. Ése es mi credo, mi sueño y mi misión». La historia –y los movimientos anticoloniales y de liberación que resurgieron con ímpetu después de la guerra de 1939 a 1945– truncó tales sueños. No obstante, éstos siguen presentes en el mundo, en forma de conflictos y problemas estructurales cuyos orígenes yacen en las divisiones políticas y culturales que impuso el imperialismo.

Y aún así, el traspaso formal del poder ha sido, en muchos aspectos, una vana victoria para la población del Sur, donde casi un cuarto de la población mundial sobrevive en condiciones de extrema pobreza. Con la reestructuración económica que hoy día avanza a ritmo acelerado a escala global, un número creciente de personas ven como sus ingresos y su seguridad se

vienen abajo. Al mismo tiempo, el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) informa de que la riqueza conjunta de los siete hombres más ricos del mundo podría eliminar la pobreza y facilitar el acceso a los servicios sociales básicos al cuarto más pobre de la población mundial. Es un mundo que, por un lado, surte de refrescos y hamburguesas a todo el que se lo pueda permitir y, por otro, es incapaz de garantizar que otros muchos millones de personas tengan lo suficiente para comer. Éste es el contexto en el que el antropólogo colombiano, Arturo Escobar, escribe:

La mayor parte de las personas tienen claro que el sueño del desarrollo de la época de la posguerra se ha desvanecido. Asia, África y América Latina no están más cerca del desarrollo de lo que estaban en 1945, cuando se convocó a los poderes del capital y de la tecnología para que convirtieran a estos continentes en clones del Primer Mundo. La pregunta es: ¿qué viene después del desarrollo?(1)

Es muy posible que el sueño del desarrollo haya desaparecido: ciertamente, este sueño se ha tornado más bien una pesadilla para los millones de niños que morirán antes de finales de este siglo por causas evitables, atribuibles a la pobreza, y para el medio millón de mujeres pobres que mueren cada año durante el parto. Entonces ¿dónde reside el poder constante de este sueño colectivo? ¿Consiste el reto en reclamar el desarrollo y darle una nueva orientación o –como sostiene, heréticamente, el académico y activista mexicano Gustavo Esteva– se trata de crear alternativas?(2)

Mientras los bancos de desarrollo regionales y multilaterales, y los grandes donantes oficiales, sigan ejerciendo un poder real sobre las políticas de los Gobiernos y sobre el bienestar de la gente de la calle, el sueño del desarrollo también se transmitirá de forma más insidiosa: las ideologías, los discursos, los dogmas, los mitos y las metáforas pueden ser tan seductores y tan genéricos que se empiecen a darse por sentidos. Las expresiones poco sofisticadas como «el triunfo del capitalismo» o «la derrota del comunismo» revelan la lucha por tener el dominio ideológico y económico de la dirección que debería seguir el desarrollo. El hecho de que naciones enteras se clasifiquen como *desarrolladas* o *en desarrollo* o *menos desarrolladas* (pero nunca como *super-desarrolladas* y pocas veces como *mal desarrolladas*) también es indicativo de que el desarrollo es unidireccional y que el progreso puede acelerarse a través de una combinación de políticas (aprobadas por las instituciones de Bretton Woods), cooperación internacional y diligencia. Entonces, la lucha pasa a ser una lucha semántica para «poner etiquetas» al desarrollo: «sostenible» o «excluyente», «dirigido por el mercado» o «centrado en las personas», «*gender-fair*» o «*gender-blind*», «desde arriba hacia abajo» o «desde abajo hacia arriba», centrado en las necesidades básicas o en los derechos básicos. Son como niños con los ojos vendados jugando a poner nombres cada vez más inoportunos al burro. Es imposible deshacerse del concepto porque la industria del desarrollo «tiene maneras de moldear el mundo y sus “necesidades” según sus propios intereses³». Influyentes pensadores del Sur han subrayado que, si no nos quitamos las «esposas mentales» y no nos libramos de todas las formas de patrocinio, no seremos capaces de concebir el mundo de una manera liberada y liberadora(4). Ello sugiere que debemos dejar de buscar «paradigmas» para centrar nuestras energías en encontrar nuevas maneras de explorar el potencial humano. Por otro lado, estos escritores también son muy conscientes de que la desigualdad material y política no desaparecerá con la simple eliminación de la dependencia o de la subyugación interna, ni tampoco siendo más benignos en el ejercicio del poder.

A pesar de todo esto, los organismos de desarrollo, y las ONG en particular, se proponen construir «asociaciones» entre el Norte y el Sur que pretenden basarse en la solidaridad y el igualitarismo pero que, de hecho, están mediadas por un traspaso de recursos unidireccional. Si queremos equilibrar estas agendas que compiten entre sí (y que no siempre son compatibles), es justo preguntarse si el hecho de que estas asociaciones dependan de la ayuda impide cuestionarse aspectos importantes sobre el desarrollo: para la mayor parte de organizaciones (y de individuos) ¡ya resulta doloroso hacerse preguntas importantes sobre sí mismos! Pero, dado que existen los organismos de desarrollo y que, por ahora, no hay indicios de que éstos vayan a autodestruirse, es esencial que sigan buscando constantemente maneras para mejorar la calidad de sus asociaciones. El hecho de que la misión del desarrollo esté equivocada no justifica que los organismos de desarrollo no adopten los más altos niveles de integridad.

La mayoría de los artículos de esta colección han sido escritos por profesionales experimentados en el desarrollo que, de algún modo, han participado en la cadena de la ayuda, actuando como donantes y como receptores. Hablan del esfuerzo que supone mantenerse al corriente de las modas pasajeras de sus financiadores (o empleadores) –que un año dan importancia al medio ambiente y al año siguiente al género; hoy piden la descentralización, mañana reclaman evaluaciones precisas del impacto de los proyectos– y, por consiguiente, sobre como la dependencia financiera limita su autonomía política e intelectual. Explican como los intereses creados, ya sea por obtener poder patriarcal o simplemente por asegurar la supervivencia financiera, causan un desfase entre la retórica y la práctica; éstas son las fuerzas ocultas que impiden que el poder sea traspasado. También hablan de como una ONG con una imagen propia distorsionada, inevitablemente, generará conflictos al desempeñar su trabajo; como una ONG, al asumir un papel político declarado, puede privar de poder y despolitizar a las organizaciones populares que, en un principio, le otorgaron algún tipo de autoridad representativa; como, en los proyectos participativos, los participantes sólo se comportan bien en presencia de una figura de autoridad respetable y que, de no ser así, no les responden; o como los organismos imponen su visión del mundo y sus métodos de trabajo a los demás en nombre del empoderamiento y de la asociación.

De diferentes maneras, los colaboradores de este volumen subrayan la importancia de la transparencia mutua, sobre todo cuando existe la dependencia financiera. Esto es aplicable tanto a las ONG que dependen de fuentes de recursos oficiales como a los beneficiarios de dichos recursos en el Sur. El tener claro dónde yace el poder no disipa la desigualdad pero permite negociar y dar respuestas críticas. Actualmente, los organismos de desarrollo son libres de elegir a sus «socios» y de cambiar sus agendas a voluntad, lo cual no está mal en sí; pero hace que su lenguaje de «asociación» y «solidaridad» se convierta en una hipocresía.

La «transparencia» requiere una mayor comprensión de como la convergencia de poderosas corrientes subyacentes desvía a una organización del camino que se había propuesto. Todos somos producto del tejido de creencias y de estructuras sociales de la que formamos parte y de las experiencias que nos han marcado como individuos. Sin embargo, hay maneras de conseguir que las personas aprendan a entender y a reconocer las fuerzas que les guían y, así, sean más libres (¡aunque no necesariamente del todo!) a la hora de tomar decisiones respecto a ellas. Los organismos de desarrollo quizá deberían someterse, de vez en cuando, a un proceso terapéutico similar. No basta con adoptar políticas que les comprometan, por ejemplo, con la equidad y la igualdad de género. La formación y las técnicas pueden ser útiles. Las políticas de discriminación positiva pueden desplazar el centro de gravedad. Se pueden dar pasos para que los temas de género entren en la esfera pública. Se

pueden librar batallas. Pero los cambios reales deben tener lugar en el plano más íntimo –en el corazón y la mente de la organización, es decir, en su seno–. El proceso de cambio no es fácil. Lleva tiempo y, con frecuencia, conlleva muchos problemas.

Una asociación honesta y transparente también requiere un alto grado de responsabilidad mutua. Parafraseando a Tony Benn, un político laborista británico, existen cinco preguntas clave:

- ¿A quién representas?
- ¿De quién recibes el dinero?
- ¿Ante quién eres responsable formalmente?
- ¿Ante quién eres responsable moralmente?
- ¿Cómo podemos librarnos de tí?

Esta última pregunta es la que más resonancia tiene con lo que dicen algunos de los autores del Sur que han contribuido a este volumen. ¿Cómo puede la población local librarse de las ONG y de otros organismos externos a los que ven como intrusos o peligrosos o que obstruyen la comunicación entre los actores pertinentes? ¿Es realmente necesario que las ONG del Norte actúen como intermediarios para canalizar la ayuda gubernamental a las ONG del Sur? Si éste es el caso ¿de quiénes son las necesidades que satisfacen? Y ¿qué nos dice todo esto sobre la responsabilidad y la confianza mutua, sobre todo si lo que se les pide a los «socios» del Sur está cambiando «en parte, a raíz de que los que dan fondos a las ONG exigen una rendición de cuentas y, en parte, como resultado de la creciente similitud entre estas ONG y las organizaciones comerciales(5)».

Acabamos volviendo a Lord Acton, que creía que la libertad era «la médula de la historia moderna». Aún siendo católico practicante, se oponía a la doctrina de la infalibilidad del Papa. Su razonamiento tenía que ver con el dogma –la idea de que la verdad siempre proviene de una única fuente– más que con los dictámenes del Papa como tales. Del mismo modo, como sostiene Melakou Tegegn en su artículo introductorio, debería invertirse el viejo paradigma del desarrollo. Nadie duda que se hayan conseguido enormes logros positivos en nombre del desarrollo. Pero eso no significa que la dirección que se ha seguido hasta ahora sea la correcta, la mejor o la única. Si lo fuera, la brecha entre ricos y pobres se reduciría en lugar de seguir aumentando. Tampoco es una alternativa viable retroceder hacia el microuniverso de las realidades locales. La humanidad necesita encontrar nuevas maneras de comunicarse, de crear espacios políticos para la gente marginada; lo que Tegegn llama trabajar por una «globalización desde abajo». Este tema es demasiado importante para dejarlo en manos de los expertos del desarrollo en Ginebra, Washington o Londres. Las asociaciones interculturales no son sólo una opción para la minoría privilegiada, ni simplemente una manera de transferir recursos del Norte al Sur. Son una necesidad política y moral, una cuestión de supervivencia.

Notas

1 Escobar, A., «The United Nations and the end of development», reimpresso en *Development: The Journal of the Society for International Development*, 1997, Vol. 40, N°1, a.

2 Esteva, G., «Development» en Sachs (ed), *The Development Dictionary: A Guide to Knowledge as Power*, Londres, Zed, 1992. También Esteva, G. y Prakash, M.S., *Hope at the Margins: Beyond Human Rights and Development*, Londres, Zed, en preparación 1998.

3 Powell, Mike y Seddon, David, Editorial, *Review of African Political Economy*, N° 71, 1997.

4 Véanse, por ejemplo, las siguientes entradas en la bibliografía comentada de este volumen:

Franz Fanon, Paulo Freire, Rajni Kothari, Julius Nyerere, Vandana Shiva, Ngugi wa Thiong'o.

5 Powell y Seddon, *op.cit.*